

IDEOLOGEMA DE LA FAMILIA EN “LOS VIEJITOS” DE PATRICIA SUÁREZ

THE IDEOLOGEME OF THE FAMILY IN “LOS VIEJITOS” BY PATRICIA SUÁREZ

Mariola PIETRAK

Universidad Marie Curie Skłodowska de Lublin, Polonia

mariola_pietrak@yahoo.es

Palabras clave: ideologema, niños robados, memoria, familia, Patricia Suárez

Resumen: El presente estudio se propone analizar el cuento “Los viejitos”, de Patricia Suárez, desde el punto de vista del ideologema de la familia en torno al cual, indudablemente, se construye. Entendido este como uso simbólico e ideológico del concepto de la familia (en ningún caso como las formas sociales concretas), se rastrean diferentes significaciones que resuenan en los discursos formulados acerca de la familia a lo largo de los últimos decenios (distintas épocas sociohistóricas) desde varios espacios de la sociedad argentina. El trabajo se adscribe así a la línea de estudios sociocríticos relativos a los cambios de la familia argentina en el contexto de la transición política, como constructo en fluctuación y diálogo.

Mots-clés: idéologème, enfants volés, mémoire, famille, Patricia Suárez.

Résumé: La présente étude vise à analyser le récit de Patricia Suarez “Los viejitos”, du point de vue de l'idéologème de la famille autour duquel il est sans

aucun doute construit. Compris comme l'utilisation symbolique et idéologique du concept de la famille (en aucun cas comme des formes sociales spécifiques), des différentes significations sont tracées qui résonnent dans les discours sur la famille au cours des dernières décennies (différents moments socio-historiques) dans divers secteurs de la société argentine. Le travail s'inscrit donc dans la lignée des études sociocritiques sur l'évolution de la famille en Argentine dans le cadre de la transition politique, comme une construction dans la fluctuation et le dialogue.

Key words: ideologeme, stolen children, memory, family, Patricia Suárez.

Abstract: This study aims to analyze Patricia Suárez's short story "Los viejitos" from the perspective of the family ideologeme that underlies its construction. Conceived as symbolic and ideological use of the family concept (in no case as the specific social forms), there can be traced various layers of meaning in family discourses produced in the last decades (several sociohistorical periods) and referring to different spaces of the Argentinian society. The paper, thus, aligns with the body of sociohistorical studies concerning the changes in Argentinian families during the political transition, as a fluctuating and dialogic construct.

1. INTRODUCCIÓN

El cuento "Los viejitos" (2005), de la escritora argentina Patricia Suárez, pertenece al vasto conjunto de narrativas que tratan el problema del robo de niños y niñas y otros delitos contra la integridad familiar perpetrados durante la última dictadura argentina (1976-1983; detenciones ilegales, desapariciones, tortura).¹ Se inscribe,

¹ En el relato, el presente de una parturienta, la protagonista, confluye con el pasado de una pareja que había adoptado de forma ilegal a una niña (pasado que continúa en el presente), y de otra pareja a la que la Junta militar argentina había sustraído a la única hija que tenían. La focalización de la narración en un espacio concebido como teatro ("El caballero nos pidió que nos sentáramos: unas butacas cómodas, como las de teatro. No sé por qué digo del teatro: yo nunca voy al teatro" (Suárez, 2005: 132)) justifica la interpretación del texto como un cuerpo –

por ende y desde una perspectiva más amplia, en el *continuum* (en el sentido lotmaniano)² de la gran narración que constituye el trabajo del duelo y la memoria, del trauma que para la sociedad civil supuso la transición del Estado al Mercado llevada a cabo por el régimen militar con las refinadas tecnologías de muerte y castigo (Avelar, 2000; Reati, 1992)³. Forma parte, pues, de lo que

campo de lucha— en que convergen distintos planos familiares, distintos horizontes ideológicos, distintas enunciaciones en constante lucha por el signo o significación.

² Para Iuri Lotman no existe la posibilidad de hablar de un texto aislado separado de los demás textos de una cultura, esto es, fuera del *continuum* de sentido que llama *semiosfera*. Como explica él mismo de forma muy plástica: “Se puede considerar el universo semiótico como un conjunto de distintos textos y de lenguajes cerrados unos con respecto a los otros. Entonces todo el edificio tendrá el aspecto de estar constituido de distintos ladrillitos. Sin embargo, parece más fructífero el acercamiento contrario: todo el espacio semiótico puede ser considerado como un mecanismo único (si no como un organismo). Entonces resulta primario no uno u otro ladrillito, sino el «gran sistema», denominado semiosfera. La semiosfera es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis. Así como pegando distintos bistecs no obtendremos un ternero, pero cortando un ternero podemos obtener bistecs, sumando los actos semióticos particulares, no obtendremos un universo semiótico. Por el contrario, sólo la existencia de tal universo —de la semiosfera— hace realidad el acto sígnico particular” (Lotman, 1996: 12).

³ En su importante *Alegorías de la derrota*, Avelar sostiene que el papel central de los regímenes militares era “purgar el cuerpo social de todo elemento que pudiera ofrecer alguna resistencia a una apertura generalizada al capital multinacional” (2000: 30). Más; para él, como para Willy Thayer, “*las verdaderas transiciones son las dictaduras mismas*”: “No entendemos aquí «transición» como el proceso posdictatorial de redemocratización de las sociedades latinoamericanas; sino, más ampliamente, el proceso de «modernización» y tránsito del Estado nacional moderno al mercado transnacional post estatal. En este sentido, para nosotros, la transición es primordialmente la dictadura. Es la dictadura la que habría operado el tránsito del Estado al Mercado. Tránsito que eufemísticamente se denomina «modernización»” (*apud* Avelar, 200: 49).

el crítico cultural brasileño, Idelber Avelar (2000), denominó las “alegorías de la derrota”, esto es, ficciones posdictatoriales que textualizan el fracaso del proyecto modernizador con todas las secuelas que causó en el tejido social, que no se circunscribe en absoluto al suelo argentino nada más, sino que es paradigmático también para Chile, Brasil o España, países que hasta el día de hoy viven a la sombra de aquellos acontecimientos y bajo el signo de la lucha por la memoria histórica.

El concepto de la memoria histórica –concepto relativamente reciente– o la memoria colectiva con la que entronca, son tensionados en este relato breve de Suárez con doble finalidad. Por un lado, respondiendo a las premisas de todo el conjunto, se busca formas de representación de la memoria de la dictadura que escapen a la lógica del mercado. Por otro lado, como correlato inevitable de lo anterior, toda la narración se desplaza hacia (o acontece en) el umbral, campo lleno de contradicciones, donde la memoria como práctica social va forjándose a través de muy complejos procesos de confrontación de experiencias del “yo” y del “otro” (texto/cultura/memoria representativa); es, como diría Mijaíl Bajtín, dialogizada. Esta “percepción carnavalesca” permite remarcar en la concepción de la memoria como una construcción esencialmente ideológica, compuesta por diversos estratos y horizontes axiológicos superpuestos, residuales y emergentes, en constante lucha por el poder. De esta manera, el relato excede las categorías de la memoria, individual o colectiva, como construcción social que nace y adquiere “su influencia a través de esfuerzos múltiples, conflictivos y competitivos de *dar sentido* a las grandes experiencias humanas –los grandes procesos, traumas y virajes históricos” (Stern, 2000: 18, subrayado nuestro). Invierte esta lógica para interrogar, con Cros (y su sujeto cultural 1995, 2003) o con Lotman (memoria común, cultura, 1996), la memoria no como depósito pasivo sino como *generadora* de discursos

y sujetos nuevos (memoria creadora).⁴ Sus indagaciones colindan con la producción del sentido.

En estos términos, se problematiza también la misma noción de la familia como espacio de memoria a microescala que constituye en cuanto productora de recuerdos y transmisora de la memoria informativa.⁵ De hecho, ¿de qué hablamos cuando hablamos de

⁴ El máximo ejemplo de la memoria creadora es, para Lotman (1996: 110-111) la memoria del arte en la que “potencialmente todo el grueso de los textos resulta activo”. Para nuestros propósitos, nos interesa subrayar que esta cualidad de *activo* se manifiesta no solo en el papel que desempeña la memoria en la generación de textos nuevos, sino también en la capacidad que tienen los textos de transformar, en mayor o menor grado, la memoria colectiva. Especialmente productivo resulta, en este punto, el concepto de la “canonicidad” como mecanismo cultural al servicio de los grupos dominantes, tal como lo estudia Katarzyna Moszczyńska (2005: 6 y ss.).

⁵ Para Cros (2003) es la familia donde se inicia y desarrolla el proceso de la sujeción al acceder el individuo al lenguaje que, recordemos a Lotman, es sinónimo de la memoria común. Una opinión similar había formulado M. Halbwachs, el padre de la sociología de la memoria, en su *Los marcos sociales de la memoria* (1925, versión española de 2004), quien aseguró que es “el grupo de pertenencia del individuo (el individuo aislado es una ficción) [quien] le entrega los instrumentos para reconstruir su pasado y le proporciona los calendarios y las palabras que expresan el recuerdo, así como las convenciones, los espacios y las duraciones que dan su significación al pasado. En el fondo, la selectividad de la memoria no es otra cosa que la capacidad de ordenar el sentido del pasado en función de las representaciones, visiones del mundo, símbolos o «nociones» que permiten a los grupos sociales pensar el presente. Se destaca entonces *el carácter normativo de los marcos sociales de la memoria*”. Y concluye que “la memoria del pasado sólo es posible por obra de los marcos sociales de referencia con que cuentan los individuos. Como el individuo aislado es una ficción, la memoria individual sólo tiene realidad en cuanto participa de la memoria colectiva. Además, existe una función social de la memoria. El pasado, mitificado, sólo es convocado para justificar representaciones sociales presentes” (Lavabre, 2007: 8; subrayado nuestro; la obra citada constituye

la familia en Argentina? La pregunta, en apariencia sencilla, en el preciso contexto del cuento suareciano, devela que no solo la memoria familiar e individual (como la suma de interferencias de las memorias colectivas de varios grupos, (Halbwachs *apud* Lavabre, 1998)), sino también y sobre todo el mismo signo ocupa un lugar altamente dinámico y contradictorio. El signo “familia” se difumina en un sinfín de semas producidos en determinadas épocas sociohistóricas, diferentes contextos, viéndose alterados y alternados con más intensidad en los períodos de transformaciones sociopolíticas. Su estudio como ideologema permite ver el complejo juego de tensiones que se despliega alrededor de este signo –desde la Modernidad tan aparentemente “íntimo” y “privado”–, debido a las posiciones ideológicas antagónicas. La escucha atenta de la autora introduce, además, la marca de género si bien no siempre verbalizada, lo cual obliga a recurrir a los instrumentos de análisis propios de la socio-crítica feminista.

2. IDEOLOGEMA

Se hace preciso aclarar, en este punto, que para los fines de este trabajo se toman como punto de partida los planteamientos de Julia Kristeva acerca del concepto de ideologema. En varios trabajos suyos (1974, 1978), concepto este refiere a una “función intertextual que se puede leer «materializada» en los diferentes niveles de la estructura de cada texto, y que se extiende a todo lo largo de su trayecto dándole sus coordenadas históricas y sociales” (Kristeva, 1978: 148).

la traducción al español de su “Maurice Halbwachs et la sociologie de la mémoire”, 1998: 47-56.).

En otras palabras, se trata de una práctica semiótico-semántica, una organización textual en la que concurren diferentes significaciones generadas en el proceso de transformación social y cultural de los discursos. Debido a que este proceso opera en sentido diacrónico (en el tiempo) y sincrónico (proveniente de distintos campos discursivos), estaríamos ante un “paradigma semiótico y semántico, una matriz que afecta la producción de sentido y valor de un amplio espectro de discursos, retóricas, prácticas comunicacionales y estéticas” (Oyarzún, 2005: 286-287).

En esta concepción de ideologema, como matriz que habita e interseca las prácticas discursivas, Kemy Oyarzún apoya su concepto de *ideologema de la familia*, el cual sirve de marco para este trabajo. Lo entiende como “uso imaginario y simbólico, ideológico y político del concepto de la familia, y no las formas sociales concretas”, sus referentes reales (2001: 24). Tal enfoque le permite advertir que esas “imagerías ideológicas de la familia”, vigentes culturalmente y transmitidas por las otras agencias socializadoras bajo diversas formas, “normalizan un universo de expectativas que sitúa las relaciones sexogenéricas en un plano casi siempre irrealizable, imperfectible y metafísico” (2005: 287).

No se pueden pasar por alto, sin embargo, las objeciones que Edmond Cros (2003 [1997]) formuló con respecto a esta temprana definición de Kristeva (coloquio de Cluny en 1968). Sus precisiones y puntualizaciones nos resultan tanto más productivas, cuanto insisten en dos aspectos del ideologema en particular: en los factores históricos que aclaran el contexto de su aparición, así como en la capacidad que acusa de grabar y redistribuir (en el mecanismo de su propia estructuración) sus coordenadas históricas y sociales. De ahí que defina el ideologema como

un microsistema semiótico-ideológico subyacente en una unidad funcional y significativa del discurso. Ésta se

impone en un momento dado en el discurso social con una recurrencia excepcionalmente alta. El microsistema que se va instituyendo de esta forma se organiza en torno a unas dominantes semánticas y a una serie de valores que fluctúan según las circunstancias históricas (Cros, 2003: 112).

Lo que separa estos dos planteamientos, es –sobre todo– el mayor dinamismo que le otorga al ideologema crosiano su percepción como placa giratoria, un conmutador capaz de orientar el discurso hacia cualquier red simbólica.⁶ A diferencia de la visión sedimentaria que ofrece el ideologema de Kristeva (como fenómeno paratextual dependiente de un *déjà-là* transhistórico), su identificación con lexía compuesta por semas y valores sociales, produce una “total labilidad de los campos de nociones”. De modo que, para Cros (2003: 113), el ideologema oculta, aparentando ser un concepto, un funciona-

⁶ Patricia A. Cavelo elabora un estudio comparativo de las concepciones de ambos estudiosos y apunta las similitudes y divergencias de sus enfoques. Según su comparativa, además de la diferencia arriba reseñada, se podrían listar también: “1. implica un constante dinamismo; dinamismo que le otorga, por un lado, el cambio lingüístico, y por otro, la continúa movilidad de los cambios sociales. Dicho de otro modo: el ideologema supone una diacronía, y establece una suspensión momentánea de la misma; 2. constituye simultáneamente el proceso por y durante el cual se produce un nuevo sentido, y el producto de dicho proceso; 3. funciona en lo pretextual (Kristeva, Angenot) o en lo textual (Cros), y desde allí traduce o hace visible lo social; 4. puede identificarse como un enunciado (Kristeva), una máxima subyacente en un enunciado (es decir, un presupuesto; Angenot), o una lexía (Cros); 5. es un constructo teórico que requiere un instrumento metodológico para reconocerlo; 6. se va conformando y reconformando mediante el juego siempre cambiante entre los semas que lo componen y los valores sociales que se asocian a él” (Cavelo, 2001: 52).

miento que desvanece esos puntos de referencia que constituyen las nociones. En ello también estriba su eficacia ideológica que precede de la aptitud que tiene para infiltrarse (o injertarse) en las diferentes prácticas semióticas de un mismo momento histórico.

Independientemente de las diferencias que pueden acusarse entre el enfoque de Kristeva, quien desarrolla la herramienta ideada por Bajtín (1975) y la consolida como categoría de análisis literario, y el enfoque de Cros, quien introduce además su propia categoría complementaria: el ideosema, ambos estudiosos reconocen que el ideologema opera en los discursos sociales como “principio regulador subyacente”, construcción semio-ideológica que da cuenta de la traslación en diferentes sentidos por diversos discursos.

3. FAMILIA EN EL DISCURSO

La actual masa crítica producida en diversos contextos alrededor del vocablo “familia” da prueba de la enorme eficacia ideológica que este posee. Partiendo desde sus usos en las décadas del 70 y 80 en relación con la revolución sexual y el auge del feminismo, así como –en reacción a aquello– el antifeminismo con su renovado familiarismo ideológico y conservador; pasando por sus abusos en el contexto específico de los discursos nacionalistas de los regímenes del Cono Sur; hasta el actual rebrote de su protagonismo al que asistimos desde los albores del milenio nuevo. La omnipresencia del sema es constatada por Ludmer quien asegura que la familia constituye la figura más frecuente en la cultura argentina de 2000, “una formación central que se encuentra en todas las esferas”. Ya no solo la familia como algo genérico, sino la organización familiar se convierte en forma o un mecanismo ficcional que “liga temporalidades y subjetividades en formas biológicas, afectivas, legales, simbólicas, económicas y políticas” (Ludmer, 2002: 110-111).

No es solo esta sorprendente recurrencia del vocablo en los últimos decenios lo que llama nuestra atención. Es también, y sobre todo, su productividad material y simbólica en potencia que da pie a la variedad de tratamientos, usos y sentidos a los que se ve sometido el mismo por parte de diferentes discursos, y que rectifica su combinatoria estructural en por lo menos dos (y serán tres, como veremos más adelante) períodos claramente distinguibles. Acotamos, preciso aclararlo, el parámetro al radio de las temporalidades presentes en el relato que nos ocupa: “Los viejitos”, si bien es evidente que el uso ideológico del vocablo no se restringe a las últimas dictaduras, sino que se hace notorio ya en la Ilustración con el advenimiento de la esfera privada. A partir de entonces, la percepción de la familia como fuente natural de crianza y afecto para el “grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas” –seguimos la definición de la RAE–, sufre varias mutaciones en función de coyunturas y, como se ha dicho con anterioridad, contextos socio-discursivos dominantes (discurso político, administrativo, religioso, etc.).

Los análisis del material discursivo, tanto argentino, como chileno, indican que el primer modelo argumentativo pertenece a la *institucionalización del régimen militar*, período que correspondería a los primeros años de la dictadura e, incluso, a los momentos previos. Silvia Barei (2015) insiste, con razón, en que la superestructura de la última dictadura argentina empezó a armarse en plena época democrática. Sirva de ejemplo la creación de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), una asociación parapolicial de extrema derecha que dos años antes del golpe del 24 de marzo contaba ya con un largo historial criminal (para septiembre de 1974 había asesinado al menos 200 militantes políticos).

Los sectores vinculados a la derecha conservadora articulan entonces un discurso de “recomposición de valores más tradicionales asociados a la mujer, a lo femenino y a los roles diferenciados de

género”. Como apuntan Olga Grau y sus compañeras (1997: 10), este discurso público se configura como contrapunto a la creciente influencia de los alegatos feministas y de organizaciones femeninas identificadas con la izquierda que, aun propagados por medios de circulación restringida (oralidad, boletines, publicaciones especializadas), alcanzan una dimensión importante. Dicho quede de paso que en caso de Chile el discurso conservador recobró vigor hacia finales de los 80 como consecuencia de los acontecimientos de la arena internacional que con gran eco resonaron en los discursos nacionales, esto es, la legalización del aborto en España en 1985, la ley de divorcio en Argentina en 1987 o la aparición de la píldora abortiva en Francia. El régimen militar, enfrascado en su afianzamiento y definición ideológica, incorpora a este discurso conservador el elemento de foraneidad y subversión que amenaza con la disgregación de la unidad del cuerpo social.

Esta firme voluntad de fundar nuevamente la Patria sobre “pilares sólidos” constituye un gesto, para nada inocente, de resemantización de los vocablos familia y mujer, ahora en unión indisoluble y acordes a las políticas dominantes y valores cristianos, “verdaderos y naturales valores argentinos”. La apropiación del vocablo por parte de la Junta militar lo redirige hacia dos, al menos, redes simbólicas. En el plano social, hacia la moral y convenciones humanas al quedar enmarcado en el sistema binario de las dicotomías bueno / malo, cristiano / demonio, amigo / enemigo, sano / infecto, sistema que permitía segregar –y con ello incursionamos en el discurso de medicina, psiquiatría inclusive– a los padres de moralidad débil excluyéndolos de la mítica sociedad argentina. En la otra red simbólica, la familia deviene

metáfora de las expectativas de reordenamiento social, de estabilidad colectiva, de lazos que se suponen están más

allá de las diferencias que racional y conscientemente se pueden reconocer. Se quiere fundar la Patria sobre un pretendido terreno de unidad básica (Grau; Delsing; Brito; Farías, 1997: 99).

En esta nueva configuración, se modifica el campo semántico del vocablo añadiéndose a su acepción más corriente semas que implican vigilancia y castigo, tales como “reducto que garantiza el orden” o “célula básica de la sociedad”, que se equiparan, además, con los conceptos de la nación y la Patria. Sucesivamente, se altera también el significado de la expresión “parentesco” el cual pasa a denotar el custodio del orden familiar. Su visión como “germen y modelo de la conducta organizada” compromete sobre todo a la mujer, a quien se interpela como madre y esposa, enredándola en las relaciones del poder sexo genérico, sometiéndola a la semántica patriarcal de la familia.

Como se puede ver, mientras en su definición original el vocablo pertenece al discurso social, antropológico, más adelante queda subsumido al servicio del Estado burocrático-autoritario (EBA), modelo que, sin duda, siguieron los regímenes del Cono Sur. Este ideologema queda apenas imperceptible, oculto tras la responsabilidad patriótica, miedo a una amenaza abstracta (la que, en el orden de lo real, muchas veces constituye el propio hijo) y una imagen exaltada del espacio doméstico en el que reinan el amor y la seguridad; un “refugio natural” del cual la nación argentina constituiría el reflejo una vez cumplida la misión del proceso de reorganización nacional.

Frente a este ideologema que “convocaba una semántica patriarcal, patronal, vertical” y servía para “*refundar* la Nación como totalidad abstracta, así como para privatizar y personalizar el Estado (el dictador como Padre Totémico de *abeles* y *caínes*)”, Oyarzún (2001: 25) distingue un segundo desplazamiento del significante

“familia” que el discurso de la *democratización* pretendía insertar en el discurso social. De acuerdo con ella, durante los primeros años de la Transición democrática, “el ideologema entró al servicio de la unidad y la reconciliación nacional, suspenso en el juicio y modelo de consensos y olvidos”.

Las operaciones metonímicas (de disfrazamiento y ocultamiento de lo inefable) a las que se ve expuesto el significante en dicho período, así como la hiper-representación que sufre debido al discurso de reparación (estadísticas, comisiones, análisis, etc.), actúan como el eje dinamizador del nuevo ideologema. Sin embargo, un rápido desbrozo de este exceso discursivo, devuelve un concepto de la familia sorprendentemente cercano al del régimen militar. Nos encontramos con que se interpela a la familia en su carácter religante, como factor aglutinador de un “cuerpo cultural del país [que] aparece como disgregado, heterogéneo y, sobre todo, carente de un proyecto cultural que cohesionese esas heterogeneidades en una macroestructura común” (Grau; Delsing; Brito; Farías, 1997: 100).

El discurso sobre la familia [...] tiene un sentido político durante la transición, reuniendo simbólicamente lo que la dictadura ha separado. [...] es a través de su levantamiento –casi épico, podríamos decir– que se busca recomponer el tejido social: la familia son todas las familias, los individuos son aproximados, situados en núcleos de pertenencias que puedan asegurar la estabilidad social requerida por la nueva fase histórica (Grau; Delsing; Brito; Farías, 1997: 101).

Se trata nuevamente de un momento fundacional, el siguiente en la historia de los países del Cono Sur (el anterior corresponde a la instauración de las dictaduras), en el que el poder político y el poder eclesiástico se disputan la constitución del ideario del país

que se quiere restaurar convirtiendo el lema de la reconciliación y el perdón en la piedra angular del consenso político anulador (ocultador) de las diferencias (Grau; Delsing; Brito; Farías, 1997: 15).

4. “LOS VIEJITOS”

Este ideologema subyace también en el relato en cuestión. El modelo de la familia vigente en “Los viejitos”, al menos el que se superpone por encima de cualquier otra noción posible, es el que devuelve la imagen de una estructura “natural y necesaria”, de origen y fuerte raíz cristiana. El deseo de familia en la acepción indicada anteriormente rige toda la narración actuando como dinamizador del cuento. Lo persiguen todos los personajes del cuento, sin excepción, si bien cada uno con motivación diferente.

(1) Ahí tenemos a una madre primeriza que disfruta de los primeros momentos con su bebé, aprendiendo a comunicarse con él y a entregarse a él ya que, como dice, “una persona no sabe lo que es entregarse a otra hasta que no ha tenido un bebé. Una persona, no: una mujer” (Suárez, 2005: 132). La ilusión que le hace sentir la experiencia de la maternidad debiera ser la misma que comparten otras mujeres, su madre por ejemplo. En su lugar, no encontramos sino recuerdos turbios que oscurecen el presente. Tan pronto como se menciona su infancia, se cuela subrepticamente en la narración algo siniestro, algo que Oyarzún llama *unheimlich* en el sentido del término que le da Freud. Recordemos que, habiéndose fijado en la ambivalencia de los términos familiar/no familiar (*heimlich/unheimlich*), Freud llega a la conclusión de que, al menos en alemán, lo siniestro “causa espanto, precisamente porque no es conocido”, no es familiar (Oyarzún, 2001: 25).

(2) Si bien el deseo de familia regula también los actos de los padres de Edit, la protagonista, desde el principio lo rodea el sen-

timiento desfamiliarizador. De acuerdo con el testimonio de su tía Olinda, el motivo de casamiento era el buen linaje y la belleza de su hermana, la señora Pedemonte; y no el amor. Otro motivo, quizás más importante todavía en esta retórica de paternalismo y patriarcado que mantenía la dictadura, es la esterilidad del señor Pedemonte que no solo lo lleva a fundar la familia a base de apropiación indebida de una niña, sino que, de alguna manera y en esa lógica muy oscura, también lo “legitima” a cometer tal delito. Su deseo se corresponde a una norma no escrita que regía en la Armada argentina y que obligaba a “tener una familia tipo que parezca la familia ideal” (Suárez, 2005: 136). Responde, por tanto, al mandato del ideologema de la familia llegando a convertirse en su encarnación, su realización material.

(3) Contiene el mismo elemento desfamiliarizador la historia de los Viejitos, la tercera parte en este conflicto que tensionó en su momento y sigue tensionando la sociedad argentina. Pese a su presunta afiliación en el pasado a la izquierda militante argentina, la misma que les hace exiliarse en Francia, su comportamiento delata un cierto apego al modelo tradicional de la familia, organizada en torno al Padre. Lo que parecen buscar o haber buscado en el pasado es precisamente lo que se considera la función primigenia de la familia: la familia nutre, asegura condiciones para la individualización, protección y pertenencia para todos sus miembros. De ahí que los Viejitos legitimen su búsqueda de la niña de nombre Ofelia con los reclamos “usted era nuestro futuro”, “permítanos aunque sea formar parte de nuestro pasado”.

Tal vez usted tiene derecho a no querer saber ninguna cosa sobre su pasado [...] Como dijo antes, su presente, el suyo, es su bebé; el nuestro, querida, era usted. No tenemos otros hijos. Usted era nuestro futuro, piense en

eso; ya que el futuro no existe más, permítanos aunque sea formar parte de nuestro pasado. (Suárez, 2005: 137)

Es el único ideograma que subyace en la construcción de los tres sujetos y lo hace tomando tres perspectivas muy distintas y abiertamente antagónicas en los dos últimos casos. Su vigencia en los tres niveles de la historia, que se anudan en el presente de la narración, da cuenta del enorme poder de seducción que representa la familia, así como del enorme potencial ideológico que guarda el semá en esta acepción. Según se viene mostrando a lo largo del análisis, este ideograma debería corresponder tan solo al primero de los cortes históricos examinados, es decir, la búsqueda de la legitimación por parte de los regímenes autoritarios, y agotarse en la historia de los señores Pedemonte. La inflexión de su trazado ideológico y la tríada Dios-Patria-Familia a la que obedece, debe entenderse en clave de legado o herencia que la propaganda dictatorial (y en parte también la retórica de reconciliación y perdón) deja en estas sociedades.⁷

⁷ Conviene anotar en este lugar que este potencial seductivo que posee la familia tampoco disminuye en la actualidad; al contrario. El creciente interés por el modelo familiar que se viene observando desde hace unas décadas entre las minorías homosexuales se debe a su deseo de normatividad tras siglos de estigmatización social. Esta voluntad de someterse al modelo de colectivos suscita el temor a la crisis de la familia en los sectores más conservadores y, por ende, más voracidad de su retórica familiarista. “Excluidos de la familia, los homosexuales de antaño eran al menos reconocibles [...] Integrados son más peligrosos por ser menos visibles. Todo sucede como si hubiera que rastrear en ellos lo inefable, lo idéntico o la diferencia abolida”, arguye Roudinesco. “Sin orden paterno, sin ley simbólica”, sin los tabúes que durante siglos constituyeron el pilar moral de las sociedades occidentales, la familia se vería “pervertida en su función misma de célula básica de la sociedad. Quedaría librada al hedonismo [...] atacada desde dentro por presuntos negadores de la diferencia de los sexos, ya no sería capaz de transmitir sus propios valores” (Roudinesco, 2003: 10-11).

En cambio, las figuras de la pareja de los Viejitos, que vienen a recuperar a su hija arrebatada, encarnan los sueños abortados de muchas parejas, su promesa de felicidad familiar, al tiempo que desmienten el adoctrinamiento ideológico realizado por el aparato estatal argentino o chileno. En la línea temporal del surgimiento de los ideogramas anteriormente diseñado, su historia correspondería al segundo corte histórico. Con su testimonio devienen en ejemplo literario de las consecuencias de las prácticas ocultadoras de los gobiernos posdictatoriales revestidas de afán reconciliador y la necesidad de superación y progreso (me refiero naturalmente a las leyes como las de Punto Final dictada en 1986 y de Obediencia Debida en Argentina de 1987). Son prácticas que, como se sabe, para nada favorecen la restitución del orden familiar y del Estado de derecho mediante el reconocimiento de los delitos contra la integridad familiar. A juzgar por la circunstancia de la protagonista (ya que no existe coordinada alguna que permitiera determinar su edad exacta) y la de los Viejitos, entre el exilio obligado, la pérdida de su niña y el viaje de regreso con el fin de recuperarla pueden mediar cerca de treinta años.

Mis padres me abandonaron en la puerta de una iglesia, expliqué. No, no, no, gimieron los viejitos. [...] Ellos son tus padres, Edit, insistió el caballero y el viejo interrumpió: Ofelita. Ofelia es su nombre. Pronunció estas palabras cargado de acento francés, porque habían pasado mucho tiempo huyendo, viviendo en el extranjero, en un pueblo de Francia, creo. También eso, suspiré. Mire [...] señor Monsalvo, mi nombre es Edit Pedemonte y los padres que abandonan a sus hijos no tienen perdón (Suárez, 2005: 133).

Obsérvese que a partir de este segundo momento histórico, el elemento desfamiliarizador se instaura en las historias personales

de los personajes y en la construcción de sus subjetividades. Su preliminar ambivalencia cristaliza en una definición que lo quiere entender como “lo que debía haber estado oculto, secreto, pero que se ha manifestado” (Freud *apud* Oyarzún, 2005: 278). Así también la identidad de Edit y su visión subjetiva de la historia familiar pasa por el filtro de *unheimlich* –lo siniestro, lo oculto. Como confiesa,

Desde que era chica me parecía raro que ella [su madre] me hubiera parido a los cuarenta y seis años, pero ella decía que fue un milagro de Dios. Estuvo con la teoría del milagro de Dios hasta que murió mi padre, en paz descanse. Después fue más esquiiva. No quería que habláramos de mi nacimiento, había en él algo vergonzoso [...] cuando los parientes de uno no responden sobre el propio nacimiento es porque no son parientes de uno (Suárez, 2005: 136).

Sin embargo es algo que convierte en su propio secreto y que le cuesta reconocer incluso ante sí misma. Lo admite como parte integral de su identidad, pero al mismo tiempo lo niega todo, y lo hace porque “a veces es la única manera de salir adelante, de que el otro se calle un poco y me deje con mi silencio tembloroso. Necesito del silencio, aunque esté temblando. No quería que habláramos de ella [su madre] y que justo fueran a volver los viejitos” (Suárez, 2005: 136).

Pese a sus negativas, el pasado aflora constantemente en su presente, hasta –o sobre todo– en el momento en que ella misma experimenta la maternidad. El vínculo materno-filial hace que lo que el consciente quería reprimir en lo hondo de lo ignorado, el subconsciente haga emerger a través de trastornos corporales (descalcificación, pérdida de cabello y dientes) y la evasión del mundo real en los sentimientos

maternos exagerados, próximos a la histeria.⁸ Tanto es así que en el momento en que aparecen los Viejitos, manifestación pura de lo oculto, lo concibe como momento para el cual venía preparándose desde hacía tiempo.

5. CONCLUSIONES

A modo de conclusión, es preciso decir, en primer lugar, que la manera en que la protagonista asimila el reencuentro con sus padres biológicos tras cerca de treinta años –como “un teatro” (Suárez, 2005: 132)– apunta, sin duda, al espacio público en el que se desarrolla el conflicto en el orden de lo real. Sin embargo, insinúa también una escucha autorial atenta a posibles significados latentes. En ambas vertientes, esta teatralización se acerca a esta concepción de la literatura argentina en la que la conjunción de texto artístico y contexto histórico-político constituye un espacio “monitoreado”. Y este “monitoring”, que

desplaza los discursos sociales a las textualidades opera en gran medida como anamnesis: recuperación de la memoria

⁸ “La vieja estiró la mano para acariciarlo [al hijo de la protagonista] pero yo lo alejé: no me gusta que los extraños toquen a mi hijo, no lo permito. Tampoco me gusta que lo miren mucho [...] Lo cuido con ajo; puse un diente en su pañal; también le até una cinta roja en el tobillo, contra el mal de ojo [...] entré [en el baño y] trabé la puerta con mi bolso y un tacho de basura; no quería que la viejita me siguiera y entrara también. En realidad no me gusta que vean [...] el lazo que nos une. A veces pienso que si pudiera desear algo todavía, desearía que él [su hijo] volviera a la panza [...] que los bebés humanos pudieran estar en la panza de la madre mucho tiempo, mucho, hasta que nacieran grandes, ya adultos” (Suárez, 2005: 132, 138).

censurada y creación de una nueva memoria –la memoria del arte– que es ampliadora de la memoria cultural que tiende a obturarse con el tiempo y con el paso de las generaciones (Barei, 2009: 69).

En segundo lugar, la incorporación de lo desfamiliarizador al interior de la familia provoca una nueva rectificación del significante, cosa que, tempranamente observó también Oyarzún diciendo que “las fracturas al interior de las familias de los desaparecidos interrumpen el cómodo reciclaje del ideograma de la familia como metáfora de reconciliación y olvido”. Sus palabras, al igual que las pulsiones del mercado editorial, plantean que quizás estemos asistiendo al surgimiento de un nuevo ideograma de la familia (tercer momento o corte histórico anunciado anteriormente). De acuerdo con Barei (2015), desde hace un tiempo crecen en cantidad y fuerza las voces que articulan lo ideológico y lo dialógico desde la perspectiva de los hijos de mujeres-militantes políticas (perseguidas, exiliadas, desaparecidas). Hijos o H.I.J.O.S⁹ que escriben y/o son sujetos escritos en las historias narradas ofrecen “un monitoring social diferente”, que, sin duda, desestabiliza los discursos acerca de la familia desde su mismo interior.

⁹ Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, agrupación creada en 1995 bajo el lema de justicia para las víctimas de la última dictadura militar argentina. <http://www.hijos-capital.org.ar/> (el 5 de marzo de 2015).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AVELAR, Idelber (2000), *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- BAREI, Silvia Noemí (2005), “Políticas de la memoria: texto artístico y lectura crítica del poder”, *Estudios Otoño*, 16, pp. 21-30. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsdll/collect/ar/ar-001/index/assoc/D1732.dir/ESTUDIOS.pdf> [Consultado 3 de marzo 2015].
- (2009), “El «monitoring» entre lo textual y lo social. Literatura y guerra como «caso» argentino”, *Itinerarios*, 10, pp. 66-76.
- (2015), “Infancias robadas. Género y violencia en la novela argentina actual”, *¿La voz dormida? Memoria y género en las literaturas hispánicas*, CALDERÓN PUERTA, Aránzazu; KUMOR, Karolina; MOSZCZYŃSKA-DÜRST, Katarzyna (eds.), Varsovia: Biblioteka Iberyjska, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia, pp. 13-25.
- CAVELO, Patricia Alejandra (2001), “*El arte de amar* de Ovidio: una lectura sociocrítica”, *Cuadernos*, 16, pp. 47-62. <http://www.scielo.org.ar/pdf/cfhycs/n16/n16a05.pdf> [Consultado 12 de enero de 2015].
- CROS, Edmond (2003 [1997]), *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*, Medellín: Universidad Eafit.
- GRAU, Olga; DELSING, Riet; BRITO, Eugenia; FARÍAS, Alejandra (1997), *Discurso, género y poder. Discursos públicos: Chile 1978-1993*, Chile: Editoriales Lom-Arcis.
- KRISTEVA, Julia (1974), *El texto de la novela*, Barcelona: Editorial Lumen.
- LAVABRE, Marie-Claire (2007 [1998]), “Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria”, *Historizar el pasado vivo en América Latina*, PÉROTIN-DUMON, Anne (dir.) <http://etica.uahur->

- tado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php [Consultado 3 de marzo 2015].
- LOTMAN, Iuri M. (1996), *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid: Ediciones Cátedra, Universitat De València.
- LUDMER, Josefina (2002), “Temporalidades del presente”, *Boletín/10* (Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de Rosario), pp. 91-112.
- MOSZCZYŃSKA, Katarzyna (2005), “I. Lotman y el feminismo: ¿Una alianza posible?”, *Entretextos. Revista electrónica Semestral de Estudios Semióticos de la Cultura*, 5, pp. 1-15, <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre5/kasia.htm> [Consultado 5 de septiembre de 2012].
- OYARZÚN, Kemy (2001), “Des/memoria, género y globalización”, *Volver a la memoria*, OLEA Raquel; GRAU, Olga (comp.), Santiago de Chile: LOM, pp. 21-31.
- (2005), “Ideologema de la Familia: Género, Vida Privada y Trabajo en Chile 2000-2003”, *Familia y Vida Privada ¿Transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?*, VALDÉS, Ximena; VALDÉS, Teresa (eds.), Santiago: FLACSO-Chile, pp. 277-310.
- ROUDINESCO, Élisabeth (2004 [2002]), *La familia en desorden*, Barcelona: Anagrama.
- STERN, Steve (2000), “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973–1998)”, *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, GARCÉS, Mario; MILOS, Pedro; OLGUIN, Myriam; PINTO, Julio; ROJAS, María Teresa; URRUTIA, Miguel (comp.), Santiago de Chile: LOM Ediciones, pp. 11-33.
- SUÁREZ, Patricia (2005), *Ésta no es mi noche*, Buenos Aires: Alfaguara.